

# Fábula de la cebra Felipa



y otras fábulas del siglo XXI

FERNANDO HIDALGO CUTILLAS

---

Fábula de la

# Cebra Felipa

y otras

## Fábulas del Siglo XXI

---

© Fernando Hidalgo Cutillas - 1997-2014 Barcelona

tutankamon@gmail.com

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción por cualquier medio.

# Sumario

Fábula de la serpiente y las gallinas .....	4
Fábula de los dos manantiales .....	15
Fábula de la cebra Felipa .....	23
Fábula de los agraviados .....	33
Fábula del castaño y el olivo .....	38
Fábula de las bacterias anaerobias .....	39
Fábula de la liebre cazadora.....	44
Fábula de los apresurados.....	45

## Fábula de la serpiente y las gallinas

---



En un claro cerca del recodo, en la ribera, pasaba sus días un grupo de gallinas con sus gallos y polluelos. Lejano ya el tiempo en que sus antepasados compartieron el Edén con los nuestros, también las aves aprendieron a esforzarse para ganar su sustento y conocieron el dolor y la desgracia. Picoteando aquí y allá, desgranando las espigas silvestres, tragando insectos y aprovechando cuanto la Naturaleza les regateaba, el grupo sobrevivía sin demasiadas dificultades.

Al contrario que sus esposas, los gallos tenían mal carácter. No se soportaban unos a otros y eran frecuentes las trifulcas en las que alguien salía malparado. Eso no preocupaba mucho a los demás; en realidad los gallos no servían para gran cosa, en opinión de sus gregarias y laboriosas hembras. Pero, claro, había que tener polluelos...

Todos miraban la linde del bosque con recelo. Les parecía un lugar terrible, habitado por criaturas ominosas cuyo simple recuerdo los espantaba. Seres con todo el

cuerpo cubierto por extraños filamentos, de cabeza casi triangular, mirada penetrante y —un escalofrío estremecía sus crestas al pensarlo— enormes dientes en sus fauces. Cuando aparecía el zorro se producía un enorme revuelo. Después todo volvía a la normalidad, excepto por un pequeño charco de sangre y plumas que quedaba en alguna parte. Del bosque nunca salía nada bueno.

Del río, sí. Les proporcionaba toda el agua que necesitaban, además de mantener frondosa la ribera. Las aves no eran muy listas pero sentían que el fluir de su corriente les era tan vital como el de su propia sangre. También el cielo era generoso. El sol y la lluvia eran para ellas una bendición. Pero a veces el río se enojaba. Sus aguas bajaban turbias y encrespadas, arrasándolo todo. Debía de haber un poderoso motivo, porque en estas ocasiones el cielo solía unirse a esa furia enviando agua a raudales y, lo peor de todo, unas luces cegadoras que se acompañaban de un terrible estruendo. Hasta el Sol se ocultaba en esos casos; eran momentos terribles en los que las azoradas gallinas enloquecían de pavor. Pero, como dijo alguien una vez, después de la tempestad siempre viene la calma: volvía a salir el Sol, el viento amainaba y las aguas tornaban a su cauce. Todo alrededor quedaba arrasado y maltrecho, aunque la Naturaleza no tardaría en hacer las reparaciones necesarias. Las gallinas entendían muy bien que, pasara lo que pasase, nunca pasaba nada. Al final la vida

siempre seguía como antes. Para algunos no, pero... esos ya no contaban.

Un día de primavera, entre los destrozos que dejó la tempestad apareció algo nuevo. Las gallinas lo miraron, sorprendidas. Se trataba de un ser cubierto de escamas parecidas a las de sus propias patas, largo y estrecho como un palo, que yacía en el suelo sin que aparentemente tuviese nada con qué moverse. Había en él algo siniestro, tal vez sus ojos astutos, su cabeza más triangular aún que la del zorro... pero sin garras ni terribles dientes, sin patas siquiera, les pareció inofensivo. La serpiente irguió su cabeza al sentirse acosada y los demás, cautos ante lo desconocido, se dispersaron.

Aunque no volvieron a verla en varios días, presentían que el reptil seguía por allí. No tardó en suceder el primer incidente. El cacareo desconsolado de una joven clueca alarmó al grupo: había desaparecido un huevo. El misterio no se resolvió y el robo de huevos siguió sucediendo con regularidad. Cada tres días desaparecía uno. Todos pensaron que el ladrón no era otro que la serpiente y después de ponerse de acuerdo, decidieron dar una batida por los alrededores, escrutando la zona hasta encontrarla y dejarla a merced de los gallos.

La serpiente reptó veloz, se escondió en las grietas y quedó más quieta que un muerto, pero no sirvió de

nada. El grupo era numeroso y las gallinas conocían muy bien la zona. Cuando la descubrieron, el gallo más lanzado le propinó un terrible picotazo en la cola. El reptil se irguió, siseó, blandió su bífida lengua y mostró todo su repertorio de amenazas, pero los gallos no se echaron atrás. A toda velocidad, el pequeño cerebro de la serpiente trataba de encontrar una salida a aquella situación desesperada. Su veneno podría acabar con uno de ellos, pero los demás la destrozaban. Había que evitar una lucha que con seguridad iba a perder.

—¡Un momento, señores gallos! ¿Por qué se enojan conmigo? ¿Qué les he hecho yo para que me ataquen con tanta furia? —gritó con aire inocente.

—Bien lo sabes, reptil inmundo. Desde que llegaste has estado robando los huevos de nuestras gallinas y eso se va a acabar —sentenció el gallo del picotazo.

—¡Eres injusto! Yo no tengo elección, he de comer o moriré de hambre. Pero tenéis razón, robar no está bien, pagaré por los huevos el precio que pidáis... —ofreció la astuta serpiente—. Es más de lo que vosotros mismos hacéis, ¿o acaso pagáis por el grano y los insectos que os lleváis al pico?

Los gallos quedaron sorprendidos por el ofrecimiento de la serpiente. Era cierto que ella, como todos, necesitaba comer para sobrevivir. Quizá el negocio fuese interesante. Se reunieron y hablaron en voz baja durante un rato, antes acercarse de nuevo al reptil.

—Creo que podremos llegar a un acuerdo —anunció por fin el que se había erigido en líder—. Verás, hay un zorro en el bosque, quizá dos o tres. Es frecuente que salgan y nos ataquen. Si nos libras del zorro tendrás un huevo cada tres días. Pero te advierto que si el zorro vuelve a perseguirnos será tu fin.

—Caro me hacéis pagar el alimento, pero acepto el pacto. En tres días volveré a por mi huevo. Os aseguro que el zorro no volverá a molestaros.

La serpiente se arrastró lentamente hacia el bosque mientras las aves regresaban a su base. El alboroto había tenido un desenlace imprevisto y todos, aunque desconfiaban, estaban esperanzados por poder librarse de la terrible amenaza del zorro de modo tan sencillo. Un huevo cada tres días... con tantas gallinas eso no era nada.

Pasaron los tres días y la serpiente volvió.

—El zorro ya no es problema, he venido a por mi huevo —anunció al jefe del grupo.

—Pronto se verá. No descuides el asunto, si el zorro vuelve eres reptil muerto —contestó el gallo, amenazador—. Ahora toma tu huevo y procura apartarte de nosotros.

—Hasta dentro de tres días —se despidió la serpiente, con fingida sumisión.



A partir de entonces las aves se vieron libres de los ataques de su pérfido enemigo. Ya no veían al bosque tan terrible, hasta se atrevían a buscar alimento en zonas cada vez más próximas a él. Poco a poco olvidaron la amenaza. Pero a finales del otoño, un nuevo charco de sangre y plumas acabó con su tranquilidad. Cuando la serpiente acudió a buscar su huevo el gallo montó en cólera.

—Te lo advertí, si esto volvía a pasar lo pagarías con tu vida —amenazó, exhibiendo sus temibles espolones.

—Gallo —adujo con tono tranquilo la serpiente—, ¿no comprendes que estos son otros zorros? Yo cumplí el pacto; hace meses que no os molesta ninguno de ellos. ¿Qué puedo yo hacer, si han llegado más? Ahora tenéis otro problema y si me matas no podréis resolverlo. ¿No sería mejor para tu grupo de gallinas que llegásemos a un nuevo acuerdo?

—Hummm —meditó el gallo, sopesando las razones de la serpiente. Si mataba al reptil nadie podría librarlos de los zorros, eso era cierto. Y habían estado tan tranquilos todo el verano... —¿Qué propones?, habla claro.

—Cuando yo necesité algo que me era indispensable os ofrecí pagar un precio. Ahora ya tengo lo que necesito pero, si vosotros precisáis algo de mí, creo que lo justo será que me hagáis una oferta... Quizá me interese. Ya se

sabe, quien algo quiere, algo le cuesta —expuso la serpiente con astucia.

La furia del gallo se había desvanecido por completo, ahora estaba en un brete. Volver a vérselas con los zorros después de tantos meses de bonanza era una mala solución. El grupo no se lo perdonaría. Necesitaba llegar a un acuerdo.

—¿Un huevo cada dos días? —sugirió con cautela.

—No es una buena idea, señor gallo. ¿No ves que cada cierto tiempo volverán los zorros? ¿Por qué no hacemos un pacto que os libre para siempre de ellos? Yo me comprometo a que sea así. Pero necesito un huevo cada día, gastaré muchas energías con tanto trabajo.

—Está bien —concedió el gallo de mala gana, viendo que no tenía opción.

Los zorros desaparecieron de nuevo de los alrededores y las gallinas recuperaron la tranquilidad perdida. La serpiente no se dejaba ver mucho, aunque cada día se presentaba puntualmente a recoger su sueldo, que las gallinas le entregaban sin discusión, pues todos apreciaban la dicha de sentirse seguros.

Pasó el invierno y llegó el deshielo en las nevadas cumbres que, junto con las lluvias propias de la época, desbordó el río una vez más. En esta ocasión fue terrible, muchas aves fueron arrastradas río abajo hasta

desaparecer y todo quedó desolado como nunca. Cuando las gallinas, libres del problema del zorro, se sentían más seguras, la Naturaleza vino a recordarles una vez más la fragilidad de su existencia. Se lamentaban en corros de su suerte y su aspecto escuálido y desmochado hubiese resultado cómico de no corresponder con tal desgracia. Un mal trance para pagar deudas, pero nadie quería que volviese el zorro, de manera que el huevo siguió apareciendo diariamente.

La serpiente soportó muy bien el temporal en su refugio. Ello le dio una idea, que no tardó en llevar a la práctica.

—Buenos días, señor gallo —saludó a su interlocutor habitual—, malos momentos estáis pasando ¿verdad?

—Los peores en mucho tiempo, reptil. ¿Qué vienes a hacer aquí?, ¿no te han dado ya tu huevo?

—¡Oh, sí! Gracias al Cielo eres un gallo de palabra. Sólo estaba pensando que lo del zorro apenas es nada comparado con esto. ¡Qué terrible situación! En cambio yo disfruto de la lluvia desde mi refugio...

—¡Pues mira qué suerte tienes! Nosotros no tenemos refugios —masculló el gallo, molesto por la impertinencia de la serpiente.

—He pensado que eso podría cambiar. ¿No os gustaría tener un refugio donde protegeros de las inclemencias y los peligros cuando la Naturaleza se desboca?

—Claro, pero... —el gallo no supo qué más decir.

—Yo podría indicaros cómo hacerlo y dirigir los trabajos. Tengo experiencia... —sugirió la serpiente, sin demostrar mucho interés.

La idea llamó poderosamente la atención del gallo.

—¿Tú podrías? Si no tienes patas, ni pico siquiera....

—No he dicho que pueda hacer el trabajo, sino que puedo dirigirlo.

La serpiente explicó al gallo su plan. Bajo sus indicaciones, las gallinas construirían un amplio y resistente refugio donde todo el grupo se podría guarecer; y terminó su exposición con un “pero quien algo quiere...”.

—¿Y cuál es el precio esta vez? —preguntó el gallo, con fastidio.

—¿Dos huevos diarios? —propuso el reptil.

Las gallinas trabajaron laboriosamente durante varios meses, bajo la dirección de la serpiente, hasta que el refugio estuvo a punto. Fue agotador y, además, cada día tenían que entregar dos huevos; pero valió la pena, la sólida construcción las libraría del mayor de sus peligros. Las próximas riadas resultarían inofensivas desde su fortaleza.

Algo después fue un águila quien alteró la paz del corral. Más tarde una plaga de insectos. Hasta un

incendio, producto de un rayo que cayó cerca. La serpiente no cesaba de vender sus soluciones y las gallinas no paraban de trabajar de una a otra cosa, tejiendo redes, abriendo cortafuegos, excavando depósitos, afilando estacas, acarreado agua... ¡Qué lejos había quedado su plácida vida anterior! Pero la seguridad se había vuelto algo necesario, imprescindible. Sólo pensar que el zorro pudiese atacar, que el río pudiese arrastrarlas, que el águila se cerniese sobre ellas, la simple idea les hubiese puesto la piel de gallina si ése no hubiera sido su estado natural.

Pasaron varios años. El claro del bosque, cerca del recodo del río, era irreconocible. El grupo de aves, también. Nada era como debía ser. Las gallinas parecían autómatas de mirada perdida, cuyo único fin en la vida fuese no sufrir, lo que las hacía sufrir enormemente. La mitad trabajaba todo el día en las cosas más inútiles, la otra mitad ya sólo se dedicaba a poner huevos, tantos había que pagar a diario a la serpiente. Ya sólo quedaba un gallo, antes orgulloso y valiente, y ahora un simple criado del reptil. Éste había ordenado construir su guarida en el centro del claro.

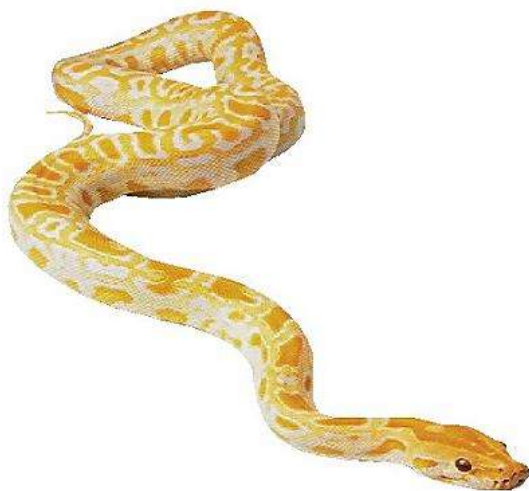
Sobre el inmenso almacén en el que acumulaba los huevos recibidos, un cómodo mirador le ofrecía el lugar perfecto para contemplar su imperio. Y aquello era sólo

el principio. Esas gallinas neuróticas no darían mucho más de sí, pero había muchas más gallinas en el Mundo.

### MORALEJA

Que la vida es un comercio.

Cuando pidas un favor  
piénsalo bien y mejor,  
porque todo tiene un precio.



## Fábula de los dos manantiales

---

El bosque donde sucede nuestra historia había sido en tiempos remotos un lugar frondoso con abundantes manantiales y un riachuelo que lo cruzaba de sur a norte. Después, sin que nadie supiese el motivo, la mayoría de las fuentes perdieron su caudal y el río se agostó la mayor parte del año hasta quedar reducido a un torrente por el que sólo bajaba un hilo de agua cuando llovía en los alrededores. Finalmente, sólo dos de los manantiales sobrevivieron a la sequía. De todo eso hacía muchos años, tantos que sólo los más ancianos recordaban lejanamente aquellos tiempos de abundantes aguas y prosperidad.

Las dos fuentes del bosque no eran públicas. Una pertenecía a la zorra, la otra al sapo. La propiedad se había mantenido de generación en generación desde tiempos inmemoriales. Ello no tuvo importancia mientras el bosque fue rico en acuíferos pero cuando sólo hubo agua en esas dos fuentes, los animales quedaron a expensas de ellos.



Viéndose zorra y sapo dueños de las escasas aguas que quedaban, sólo pensaron en sacar provecho de la situación. Los animales necesitaban beber y no tenían más remedio que acudir a alguno de los dos. En poco

tiempo cada uno puso en su manantial un pequeño negocio. A partir de entonces los animales tuvieron que pagar por beber y acicalarse en los únicos sitios donde podían hacerlo.

La ambición de los dueños del agua creció en cuanto vieron que el negocio era redondo. Ellos no tenían que hacer nada más que cobrar —unos frutos, unas semillas, a cada cual según sus posibilidades— todos los días, y hasta varias veces al día. La ambición era tanta que cada uno de ellos soñaba con atraer al mayor número posible de animales a su manantial. Con mucho disimulo la zorra se acercaba cada mañana a la fuente del sapo para enterarse de cuánto cobraba ese día por el agua y corría después a su propia fuente para pregonar a los cuatro vientos un precio un poco menor, consiguiendo así mayor clientela.

Pronto se dio cuenta el sapo del ardid y pensó en hacer lo mismo. Después de la visita de la zorra, el sapo enviaba a su amiga la señora Rana discretamente, a enterarse del precio en el otro manantial y él lo ajustaba un poco más. Con esta guerra de precios los animales del bosque salían ganando, porque zorra y sapo estaban continuamente bajando el precio del agua. Pero los dueños de las fuentes estaban muy disgustados, especialmente en los días de lluvia, cuando el pequeño torrente bastaba para cubrir las necesidades de los animales y ellos quedaban plantados en sus negocios.



Una noche la zorra fue con sigilo a la fuente del sapo antes de que éste se retirase a descansar. Lo encontró metido en su charco, hinchado como un globo.

—Tú ya tienes tu agua, señora Zorra, no necesitas venir por aquí a husmear— le increpó el sapo sin disimular su hostilidad, nada más verla.



—Tranquilo, señor Sapo, vengo amistosamente —contestó la zorra en tono cordial mientras se sentaba junto al charco.

El sapo la miró con desconfianza y siguió con su baño. La zorra continuó:

—Esto no puede seguir así, prácticamente estamos regalando el agua.

—¡Tú tienes la culpa! —increpó airadamente el sapo, agitando las patas con furia.

—Y tú también —añadió con suavidad la zorra—. Lo mismo que hago yo, haces tú. Pero por nuestro propio bien vamos a olvidar ahora esas rencillas. Vengo a proponerte un plan.

—¿Un plan...? —repitió el sapo—. A ver, suéltalo. Pero como sea una de tus tretas te aseguro que te arrepentirás.

—Verás, hasta ahora hemos estado peleando con los precios pero eso, como ves, no ha funcionado. Ni tú ni yo hemos conseguido aumentar nuestro negocio. Al

contrario, cada vez ganamos menos porque estamos poniendo el precio cada vez más bajo.

—Eso es verdad —señaló el sapo, empezando a interesarse por lo que decía la zorra.

—Entre tú y yo tenemos toda el agua del bosque. ¡Toda!, ¿lo comprendes? Los animales no tienen más remedio que venir a comprarnos la que necesitan, no importa a qué precio la pongamos, no tienen elección. ¿Por qué pelear por el precio? Nos perjudicamos sin motivo. Vengo a proponerte que a partir de mañana pongamos los dos exactamente el mismo precio. Vamos a subir el agua los dos por igual, la mitad del pastel para cada uno. Un pastel muy grande. ¿Qué te parece la idea?

El sapo se mantuvo unos instantes en silencio, después miró a la zorra con una sonrisa maliciosa y dijo escuetamente

—¡Hecho!

A la mañana siguiente un gran alboroto recorrió el bosque de punta a punta. Los más madrugadores alertaron a los demás de la enorme subida del agua durante la noche. Algunos discutían con la zorra o con el sapo.

—¿Qué voy a dar de comer a mis hijitos si he de darte todas las semillas que tengo? ¿Cómo puede ser que por lo que ayer me pedías diez, hoy me pidas cincuenta?

—Lo siento mucho, señora Tórtola, pero la fuente hay que cuidarla y da mucho trabajo mantenerla en

condiciones. Yo misma tengo también mis necesidades, que no puedo atender porque me paso el día cuidando de la fuente. Mejor será que dejes de quejarte y vayas a por más semillas cuanto antes.

—Pues más lo siento yo, señora Zorra. Me voy a la fuente del sapo que tiene un precio más razonable. Y no volveré por aquí —añadió la tórtola dignamente, mientras elevaba el vuelo en dirección al manantial del sapo.

—Ya lo creo que volverás... —murmuró para sí la zorra, con sarcasmo.

Poco tardaron la tórtola y los demás animales del bosque en comprobar que en ambas fuentes había los mismos precios y la misma intransigencia. Acuciados por la necesidad, no tuvieron más remedio que allanarse a las exigencias.

El malestar en el bosque aumentaba día a día. Desde la subida del agua los animales pasaban la mayor parte de su tiempo recolectando pequeños frutos y semillas para poder usar las fuentes y el bosque estaba agotando sus recursos rápidamente.

La señora Ardilla tuvo la idea de convocar una reunión para buscar el modo de solucionar el problema. Se hizo en secreto para que la zorra y el sapo no pudiesen enviar algún espía. Se reunieron antes de la salida del sol, en un pequeño claro lejos de las fuentes. Durante un buen rato los animales se dedicaron a expresar su indignación, a repetir una y mil veces que así no se podía seguir, a lamentarse de que en poco tiempo no habría ni siquiera comida que recolectar. Todos estaban de acuerdo

en señalar con gran escándalo la importancia del problema, pero cuando llegó el capítulo de ofrecer ideas para solucionarlo... llegó el silencio. ¿Cómo conseguir que los dueños del agua rectificasen? Les parecía imposible.

Cuando el desánimo empezaba a extenderse por la reunión, el viejo búho tomó la palabra.

—Amigos, escuchadme. Tengo una idea que no puede fallar. No podemos obligarlos a bajar el precio pero somos libres de comprar el agua a uno o a otro. Propongo que a partir de mañana todos usemos una sola de las fuentes, igual da una que otra, pero sólo una.

—Pero el precio será el mismo, así no arreglamos nada —señaló el señor Jilguero

—De momento, sí —continuó el búho—, pero en muy poco tiempo aquél de los dos que no venda nada se desesperará y no tardará en bajarlo para que volváis a usar su fuente. Entonces haremos lo contrario, iremos todos a comprarle a él, de modo que el otro no tendrá más remedio que bajar precio también. Controlándolos de esta manera os aseguro que podremos conseguir los precios que queramos. A vosotros os da lo mismo un pozo que otro; a ellos, no.

Los animales comprendieron la ingeniosa estrategia del búho y acordaron seguirla al pie de la letra. Por sorteo se decidió que, por el momento, todos utilizarían sólo el manantial de la zorra.

El señor Sapo se extrañó mucho cuando, bien entrada la mañana, su manantial estaba solitario; ningún animal había acudido a beber. A mediodía comprendió que eso no podía ser normal. Envío a la rana a curiosear lo que sucedía en casa de la zorra y las noticias que trajo lo sacaron de quicio.

—Esta tramposa y ladina zorra ha vuelto a jugármela, ya me extrañaba tanta amabilidad por su parte. Se ha quedado por fin con todo el negocio, no sé con qué artimañas. Pero esto no va a quedar así... — clamaba indignado.

Como había pronosticado el búho, el señor Sapo bajó su precio. Entonces fue la fuente de la zorra la que quedó desierta, hasta que se acercó a espiar y vio lo que sucedía. También ella tuvo que abaratar el agua. Los animales, bien aconsejados por el señor Búho, jugaron con las dos fuentes una y otra vez, castigando con su boicot a uno o a otro, hasta que el precio del agua les pareció justo.

La calma y la prosperidad volvieron al bosque. Zorra y sapo aprendieron la lección y nunca más volvieron a intentar abusar de las necesidades de sus vecinos.

## MORALEJA

No hay empresa en el Mundo que pudiese,  
por poderosa y multinacional que fuese,  
aguantar sin cerrar ni una semana  
si a su clientela así diese la gana

Alguna hay que, siendo monopolio,  
además de arrogante y prepotente,  
arrasó de tal modo con su expolio  
que, si justicia hubiera, ¡ni un cliente!

No se puede entender, os lo aseguro,  
que quien muerde la mano que le nutre  
mantenga la clientela sin apuro  
ofreciendo un servicio triste y cutre.

Cuidado con el sapo y la raposa  
que, ocultos tras modernos surtidores,  
pactan los precios, como pescadores  
que medran en corriente revoltosa.

Viva el comercio honesto,  
la gente que es legal,  
y ¡al paro el resto!

## Fábula de la cebra Felipa

---

Al sur de Massai Mara, en la amplia sabana de África Central, vivía desde tiempos remotos una manada de cebras grande y poderosa, liderada por un impresionante macho de largas crines llamado Gedeón. La vida de la manada era plácida y sencilla. Pastaban las jugosas hierbas de la ladera, bebían en las aguas del arroyo, llegando hasta el lago cercano en los meses de sequía. Las cebras parecían vivir en el paraíso excepto por un problema: una familia de leones había encontrado guarida en un rocoso montículo cercano. Raro era el día en que la manada no sufría el ataque de dos o tres leonas hambrientas, encargadas de servir la mesa. A veces, alertada con tiempo por el siempre oteante Gedeón, la manada lograba escapar del ataque huyendo a gran velocidad. Pero muchas otras, alguna cebra era alcanzada y devorada por los felinos mientras las demás galopaban con todas sus fuerzas, aterrorizadas. Había sido así durante miles de años. Era la dura ley de la supervivencia.

Una de las cebras jóvenes, llamada Felipa, destacaba entre las demás por una rareza natural: tenía una sola franja negra a cada lado, tan ancha que ocupaba casi todo el flanco. Un día Felipa pidió a la manada que se reuniese a su alrededor y les habló así:

—¿Veis lo que sucede cada día? Esos gatos se nos echan encima a cada momento y no sabemos hacer otra cosa que salir corriendo. Los más jóvenes y fuertes

galopamos veloces y conseguimos escapar pero ¿y los más débiles? ¿Qué le pasó ayer a tu padre? —preguntó Felipa, señalando con el hocico a una de las cebras, que escuchaba con atención—. ¿O, hace pocos días, a tu hijo, que apenas tenía un mes? —añadió, señalando de igual modo a otra de ellas.



Felipa hizo una larga pausa esperando que se apagara el murmullo que sus palabras habían levantado.

—¡Han sido devorados por los leones, como tantos otros! —continuó Felipa por fin, teatralmente—. ¿Qué será de cualquiera de nosotros si cae enfermo o cuando los años nos vuelvan más torpes? Lo sabéis, ¿verdad? — Felipa llevaba su mirada desafiante de una a otra cebra, fijándola finalmente en Gedeón —¡Yo os lo diré!, ¡que nos comerán los leones!

Espantada por las palabras de Felipa y sintiendo real un peligro aún imaginario, la manada se agitó, inquieta.



—Alto, alto, amigos, no os pongáis nerviosos — gritó Gedeón, intentando volver a reunirlos—. No hay peligro en este momento, tranquilizaos y volved a la reunión.

—Felipa tiene razón —opinó la cebra que había perdido a su cría no hacía mucho tiempo.

—Acabarán por comernos a todos —sentenció la cebra recientemente huérfana.

—¡Es horrible, no podré soportarlo! —añadió una joven cebra gestante, sin apenas aliento.

—Bueno, calma —pidió Gedeón—. Siempre ha sido así. Nuestros antepasados han vivido así desde los tiempos más remotos y aquí estamos nosotros. La manada no se ha extinguido. Es ley de vida. De algo hay que morir y éste es nuestro destino. Los leones se alimentan de nosotros como nosotros nos alimentamos de las hierbas del campo, que también son seres vivos. Prefiero morir en un instante, cuando empiece mi declive, que morir de enfermedad o decrepitud poco después. Olvidemos eso y vivamos felices porque nada puede hacerse.

—¡Sí se puede hacer algo! —anunció solemnemente Felipa—. Yo tengo un plan...

La atención de todos se centró sobre ella y se hizo un silencio en el que podría oírse la caída de una espina de acacia. Felipa continuó:

—Siempre son dos o tres las leonas que nos atacan. Nosotros somos más de ochenta. Pero, en lugar de defendernos, siempre salimos al galope, esperando tener la suerte de que no nos alcancen y dejando desamparados a los más débiles.

Las orejas de los oyentes no podían estar más tiesas.

—Pero ¿qué pasaría si les hiciésemos frente? —  
inquirió Felipa

Un murmullo de asombro surgió entre los presentes.

—Las cebras no podemos luchar con los leones —  
argumentó una vieja hembra que había visto actuar a los felinos muchas veces.

—Es una locura —añadió otra un poco más allá

—Entre nosotros hay cebras fuertes y valientes —  
Felipa intentaba recuperar el control de la situación—. La  
coz de una de ellas podría dejar inerte a una leona.  
Entre dos o tres de nosotros podemos acabar con  
cualquiera de esos gatos.

Un tenso silencio volvió a cubrir la manada. Los  
más ancianos y débiles, sabiéndose fáciles víctimas de  
próximas cacerías, empezaban a acariciar la idea  
propuesta por Felipa. Los más poderosos y fuertes  
dudaban de que fuese posible algo tan temerario y que  
nunca se había intentado, debatiéndose entre el temor a  
una lucha desigual y el amor que sentían por sus familias.  
Por fin Gedeón intervino:

—Como jefe de la manada he tomado las decisiones hasta ahora, siempre pensando en el bien de todos. Pero en esta ocasión no estoy seguro de qué decisión he de tomar. Por una parte veo una temeridad lo que propone Felipa; por otra veo justo que ayudemos a nuestros compañeros más débiles. Propongo que hagamos una votación.

El Sol estaba ya muy bajo cuando Walia dio la voz de alarma. Una instintiva sacudida recorrió la manada, que inició veloz galope de huída, pero casi inmediatamente cambiaron de dirección reagrupándose alrededor de un árbol cercano.

—Rápido, los potros y ancianos junto al tronco, de prisa —ordenaba Gedeón, resoplando agitadamente.

—Vosotros, los guerreros, id cubriendo todos los flancos, pero dejad pasar a los más débiles hacia el centro. Rápido, que ya casi están aquí —gritaba Felipa.

Dos leonas se acercaban sin disimulo, sabiéndose descubiertas. Apenas estaban a cincuenta metros del grupo. Los relinchos y bufidos de las cebras eran signo evidente de la gran excitación de la manada. Una tercera leona, oculta hasta entonces por unos matorrales, apareció de súbito muy cerca, hacia el Oeste.

Las leonas estaban sorprendidas por la actitud de la manada de cebras. ¡No huían! Guiadas por su instinto, saltaron sobre las cebras del círculo exterior. Éstas, no habituadas a la lucha, eran presa del pánico al sentir las

afiladas garras sobre sus lomos y propinaban tremendas pero descontroladas coces aquí y allá, las más de las cuales se perdían en el aire o impactaban contra sus propios congéneres.



Una nube de polvo denso atenazaba todas las gargantas y hacía que los relinchos y rugidos fuesen aún más desgarrados. De improviso las leonas se retiraron unos metros, cesando en su ataque. Una de ellas cojeaba visiblemente. Las cebras se mantuvieron a distancia en angustiada espera.

Dos leones machos se hicieron visibles a lo lejos. Sus enormes cabezas parecían gigantescas enmarcadas por la oscura melena. Felipa gritó, desde dentro del círculo:

—No os preocupéis, amigos, los machos nunca cazan; no se meterán con nosotros....

—Creo que tiene razón —añadió Gedeón, no muy convencido al ver que los leones iniciaban un rápido trote.

El instinto de los leones machos no juzgó a las cebras como presas de caza. Las presas de caza huían y nunca luchaban, o si lo hacían era débilmente, en la desesperación del último momento. La nueva actitud de las cebras se correspondía con la de enemigos tribales, como las hienas, y esos sí eran objetivos de los machos.

Cuando los leones se lanzaron sobre la manada, las leonas que antes se habían retirado los siguieron. El pánico se apoderó definitivamente de las cebras, emprendiendo muchas de ellas una huída desesperada. La mayor parte de las pocas que quedaron rezagadas, las más fuertes y generosas, pagaron con su vida su gesto de lealtad al rebaño. Gedeón escapó en el último momento, viendo que nada podía hacerse.

Los leones empezaron un festín como nunca lo habían tenido. Cinco cebras, alguna aún agonizante, yacían a su alrededor. La leona coja lamía su garra magullada y uno de los leones tenía una hemorragia en su ojo izquierdo, seguramente producto de una coz. Otros felinos, incluyendo un buen número de cachorros, iban acercándose al banquete.

Las cebras galoparon durante mucho tiempo antes de sentirse seguras. Jamás se vio ejército más derrotado. Gedeón procuró reunir los restos de la manada antes de que la oscuridad lo hiciese más difícil. Poco a poco fueron llegando las cebras supervivientes, extenuadas. Cabizbajos y doloridos, todos se prepararon para descansar, sin mediar palabra.

Y así cayó la noche sobre Massai Mara.



A la mañana siguiente un nuevo sol radiante iluminó la llanura como si nada hubiese pasado. Gedeón contó las bajas. Bastantes entre los más fuertes estaban malheridos, algunos de ellos con lesiones que, en el caso de que llegasen a curar, habrían de dejar secuelas graves. Durante unos días la manada se dedicó a recuperarse y descansar sin sufrir nuevos ataques de los leones, que tenían bien repleta su despensa.

Por fin Gedeón reunió a todos y les habló:

—Amigos, hemos pasado una mala experiencia.

—¿Dónde está Felipa? —preguntó un macho superviviente, aunque con la piel hecha trizas.

—Sí, ¿dónde está esa traidora? —increpó otra cebra, ahora tuerta.

Felipa se había mantenido oculta de la manada todo ese tiempo, temerosa de sufrir represalias por las consecuencias de su idea.

—Felipa hizo sólo una propuesta que creyó buena —continuó Gedeón—. No debéis culparla de lo que ha sucedido porque no hemos hecho más que lo que entre todos se decidió. ¿O habéis olvidado la votación?

—Pero, ¿dónde se metió durante la batalla? —preguntó una hembra joven, milagrosamente indemne—. Yo no vi que participase en la defensa. Esa cebra cobarde nos ha metido a todos en un buen lío...

—La idea de Felipa era buena —interrumpió un viejo macho que apenas se aguantaba en pie—. Sois vosotros los que habéis fracasado. Os habéis portado como inútiles. ¡Qué de coces al viento! Y entre vosotros mismos. Yo he visto como Jonás ha derribado a Walia de una coz. Pobre Walia, allí quedó. No habéis tenido valor para una defensa eficaz —acusó el anciano.

—Era mi mejor amigo, bien que lo siento. Pero yo no podía ver nada, me atacaban por todas partes y tú, anciano, no sabes lo que se siente cuando esas garras se clavan en tus costillas... —explicó Jonás, apesadumbrado

—Abuelo —tomó Gedeón la palabra—, no debes ofender así a los que han dado su vida por la tuya. Las cebras no somos guerreros y es natural que hayamos fracasado en la lucha. No es un problema de cantidad, es un problema de eficacia. La idea de Felipa me hizo dudar. Por eso dejé que decidieseis vosotros. Ahora ya no tengo ninguna duda. Lo que propone Felipa conduce a la

extinción de la manada en poco tiempo. Esta vez éramos bastantes y no nos ha ido bien. La próxima, seremos menos y aún nos irá peor. Si seguimos el plan de Felipa cada vez habrá menos cebras poderosas en el exterior del círculo y más ancianos, lisiados y débiles en el centro. Si sometiésemos a votación la decisión a tomar cada uno votaría por sus propios intereses, y cada vez ganaría con mayor número de votos la opción equivocada, es decir, los que querrían seguir en el centro mientras mueren por ellos otros individuos más útiles y necesarios. La manada sobrevivirá a esta catástrofe pero en lo sucesivo no volveremos a luchar con los leones.

Gedeón se retiró y la asamblea fue dispersándose. A lo lejos, Felipa observaba el grupo sin atreverse a intervenir. Nunca reuniría suficiente valor para volver con la manada. Vio a Gedeón trotar en su dirección y sintió miedo. ¿Por qué siempre sentía miedo...? Giró en redondo y se alejó velozmente hacia el Norte.

### MORALEJA

Se juntaron cuatro pillos, cinco necios  
y dos que tenían razón.

Y en un tema de importante relevancia  
propusieron votación.

Los pillos por interés, los necios por necesidad,  
de todo se dijo menos la verdad.

¿Queréis saber quién ganó?

Pues, naturalmente, yo.

*Kiro, el león.*



## Fábula de los agraviados

---

La señora Cabra y el señor Cerdo aguardaban impacientes tras la línea dibujada en el suelo frente al mostrador que lucía el rótulo 'Oficina de Agravios'. Detrás del tablero, Miss Mare —ella se empeñaba en que la llamasen así desde que supo que sus antepasados procedían de Edimburgo— atendía con amabilidad a una joven gallina que, con aspecto indignado, rellenaba a toda prisa un impreso oficial, murmurando:

—Una hace lo que le da la gana sin que nadie tenga que venir a criticar, ¡sólo faltaría eso! ¿A usted no le gustan los caballos? —Miss Mare se ruborizó, a pesar de que obviamente la pregunta era retórica—. Pues a mí me gustan los gallos. ¡Y no conozco otra forma de tener polluelos!

Con gesto airado la señorita Gallina rubricó el impreso y lo entregó a su interlocutora que, tras estampar un sello de fechas, lo depositó en una bandeja, a su izquierda.

—Ya está en marcha su reclamación. Dentro de unos días recibirá noticias del Comité. No se impaciente, el proceso es un poco largo, la comunicación con los humanos no es fácil. Buenas tardes. —Miss Mare, aliviada por haber terminado la entrevista, despidió a la gallina, bebió un sorbo del refresco de alfalfa que ocultaba bajo el tablero y anunció en voz alta

—¡El siguiente...!

La cabra avanzó hasta situarse frente a ella.

—¿Qué hay de lo mío, se sabe algo o qué? —espetó, a modo de saludo.

—Pero usted presentó ayer su reclamación. No ha habido tiempo...  
—explicó su interlocutora, reconociéndola.

—¿Ayer? Por la mañana, ¿no?  
¿O fue por la tarde? Es mucho tiempo...



—Más o menos se demora un mes, a veces más...  
Tenga paciencia.

De un salto la cabra subió al mostrador y empezó a caminar entre los papeles que había sobre él.

—Por favor, baje de ahí enseguida —suplicó Miss Mare.

La cabra parecía no oírla. De un nuevo salto colocó sus cuatro pezuñas sobre un pesado pisapapeles de granito y se quedó inmóvil.

—Tendré que dar parte de su comportamiento en esta oficina, eso no favorecerá a su reclamación —amenazó la funcionaria.

—Está bien, está bien, ya bajo...

—¡Hasta el suelo! —ordenó la yegua con firmeza.

Aliviada, comprobó que la cabra, por una vez, hacía caso. Sólo deseaba que la señora Cabra desapareciese cuanto antes, le daba igual que se la tragara la tierra o la abdujese un platillo volante.

—Entonces, ¿cómo quedamos? ¿Vuelvo mañana?

—¡No, no venga mañana! —estalló Miss Mare, golpeando con fuerza la madera del mostrador.

La cabra se desplomó como si le hubiesen disparado. Rápidamente se acercaron dos miembros de seguridad.

—¿Otra vez ella? —comentó el agente Perro con fastidio—. Ayúdame a sacarla de aquí —pidió a su compañero— a ver si con el fresco se le pasa.

El señor Cerdo miró a la yegua con aire indeciso, sin atreverse a avanzar. No sabía si era buen momento para abordarla.

—Pase, pase —pidió Miss Mare, con deseos de terminar cuanto antes su trabajo.

—He recibido esta carta... —dijo el cerdo, mostrando un papel que sacó de un sobre sucio y arrugado.

—Ah, sí. El secretario del Comité lo está esperando. Sígame, por favor...

El señor Cerdo fue tras la yegua hasta un despacho situado al fondo del vestíbulo. Sentado tras una mesa cubierta de papeles, el secretario levantó la vista al notar su presencia. Miss Mare se dirigió hacia él y le mostró la carta, comentando algo en voz baja, antes de dejarlos solos.

—Siéntese, por favor —pidió el secretario—. Verá, señor Cerdo, como sabe ya es la cuarta vez que presenta usted este tipo de reclamación...

—Por supuesto, es un caso grave. Nunca he visto nada igual, señor Lince. Los humanos la han tomado conmigo.

—A ver... —Lince echó un vistazo al expediente que tenía sobre la mesa—. Cuando usted era conocido como señor Marrano se quejó de que su nombre fuese equivalente a un insulto, a alguien de aspecto sucio y desaliñado. Su reclamación fue atendida y se le cambió el nombre, que pasó a ser señor Puerco. Pero poco después, también puerco se transformó en insulto, con el mismo significado. De nuevo atendimos su queja y le dimos un nuevo nombre: señor Guarro. No había pasado un año y tuvimos el mismo problema. Por tercera vez se le rebautizó y a pesar de todo seguimos en lo mismo...

—Ya le digo, es un acoso inaudito —explicó el cerdo, satisfecho por la clara exposición del problema que había hecho el señor Lince.

—Esto... señor Cerdo —el secretario parecía elegir cuidadosamente las palabras—, ¿usted no ha pensado que podría haber un motivo para este “acoso”?

—¿Motivo? —el cerdo estaba sorprendido— ¿Qué motivo podría haber? No comprendo...

—Mire, está claro que, se llame usted como se llame, al cabo de poco tiempo ese nombre equivale al de alguien sucio. Ya sabe como es el cerebro de los humanos, tan aficionados a la analogía...

—¿Está usted insinuando...?

—No; insinuando no. Estoy explicándole cuál es el problema y por qué los cambios de su nombre son inútiles. Y ahora le voy a dar la solución.

El señor Lince abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó un paquete pequeño, que dejó sobre la mesa al alcance del señor Cerdo. Este lo cogió y arrancó con rapidez el envoltorio de papel. Apareció una pastilla de jabón.

—¡Y no meta las patas en la comida! —oyó decir al secretario, mientras él abandonaba el despacho, como siempre, cabizbajo

## MORALEJA

Si con tu conducta plantas  
de tu mala fama esquejes,  
cuando crezcan, no te quejes.

## Fábula del castaño y el olivo

---

Fronroso en el verano aquel castaño  
ufano por su copa y su follaje  
dijo al olivo: «No ha de ser buen paño  
el que solo te da para ese traje».

Mas acercándose el final del año  
y con él los rigores del invierno  
el aceituno quiso darle un baño  
cuando vio los efectos del galerno:

«¿Qué fue de tu follaje y de tu terno,  
del traje del que tanto presumías?  
¿Acaso te pensabas que era eterno?

Si tus hojas son flor de un par de días  
mientras vas a buscarlas al averno  
te esperaré yo aquí junto a las mías».

### MORALEJA

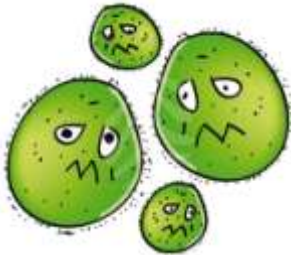
No presumas de glorias pasajeras  
que puede que, con tiempo, las perdieras  
y, al darles importancia,  
transformen en carencias tu arrogancia.

## Fábula de las bacterias anaerobias

---

El señor Clostridio estaba muy disgustado; ya hacía varios meses que algo extraño sucedía en el sur de la ciénaga y no conseguía explicación por ninguna parte. Todo empezó con aquella excursión de un grupo de jóvenes escolares, de los que no regresó ninguno. Enviaron a un par de patrullas a buscarlos y tampoco regresaron. A pesar de las protestas, la zona se cerró sin más y se prohibió completamente el acceso. Pero en las semanas siguientes otros individuos habían desaparecido en zonas cada vez más al norte. Aquella pesadilla, fuese lo que fuere, estaba extendiéndose.

Sin embargo, la semana había traído buenas noticias. A la oscura ciénaga acababa de llegar una pequeña colonia de vibrios. Los vibrios eran muy adaptables, en cualquier sitio estaban bien y solían viajar mucho. Pero lo que había llamado la atención del señor Clostridio era que habían llegado desde el sur, atravesando la zona prohibida. Y habían llegado sanos y salvos.



En cuanto se enteró de la noticia mandó a su alguacil con una nota para el señor Vibrio, el jefe de la nueva colonia, pidiéndole que fuese a verlo de inmediato por un asunto muy importante. Al poco rato, el vibrio entraba en el cubículo municipal

—Bienvenido, señor Vibrio. ¿Está usted bien? Deseamos que su colonia se encuentre aquí como en su casa... —saludó el señor Clostridio, con toda la amabilidad que su agrio carácter le permitía. Sin esperar respuesta de su interlocutor, continuó— Han venido por el sur, ¿verdad? Dígame, ¿algo ha llamado su atención?, ¿han visto algún peligro en el camino?

El vibrio estaba desconcertado. ¿Algún peligro...? ¡El mundo estaba lleno de ellos!, charcas de ácido, fumarolas tóxicas, sulfataras candentes... Viendo que el vibrio no se decidía a contestar y parecía no entender, el clostridio apremió:

—Sí, cualquier cosa que le haya parecido sospechosa, extraña...

Entonces el señor Vibrio recordó algo.

—Pues sí, algo insólito nos llamó la atención al acercarnos a la ciénaga. Pero no pareció ser ningún peligro.

—Cuenta, dígame qué fue —inquirió Clostridio, impaciente.

—Pues verá, a medida que nos acercábamos a la ciénaga vimos que abundaba una cosa verde, seguramente algo vivo, y en la proximidad de esa cosa verde notamos en el aire un gas que no conocíamos hasta ahora. Pero nada de ello nos afectó. Por eso le digo que no vimos peligro, aunque nos pareció insólito. ¿Le sirve de algo?



—¡Lo que me temía! —exclamó el clostridio, visiblemente contrariado. Se acercó al escritorio y llamó a su secretario por el interfono.

En seguida entró otro clostridio en la habitación.

—Señor secretario, este vibrio confirma la presencia de cosas verdes y gases extraños en la zona sur. Está sucediendo lo mismo que pasó en Thulú hace tres años.

El secretario arqueó los cilios con una mueca de preocupación y acercándose a un armario sacó un pliego de papeles.

—Aquí guardo el expediente completo de Thulú, señor Alcalde. Desde el principio he sospechado que las desapariciones podrían deberse al mismo problema, pero no había forma de comprobarlo porque ir allí es mortal. ¿Vino usted por el sur, señor Vibrio? ¿No notó nada?

—Ya le he explicado al Alcalde; vimos cosas verdes, notamos el gas, pero ningún problema.

—Claro, los vibrios soportan muy bien casi todo —explicó el secretario, que seguía buscando entre los papeles del legajo—, pero ese gas es veneno para nosotros. Por aquí tenía los datos... aquí está. Oxígeno, así llamaron al gas. Y ese oxígeno lo producen unos vegetales de color verde. Plantas verdes, oxígeno... algo nuevo.

El secretario leyó en silencio unos instantes antes de seguir con su explicación.

—En las últimas semanas de Thulú, enviaron una expedición muy bien equipada desde la Zona Abisal, donde residía el Consejo. El estudio fue concluyente: esas plantas verdes contienen una sustancia que expuesta a la luz del sol produce el gas mortal. El enemigo no es el oxígeno sino la planta verde.

—¿Y no pudieron hacer nada? —preguntó el vibrio, más por curiosidad que por preocupación ya que al parecer su colonia estaba a salvo.

—Se intentó. Hubo una enorme crisis. GreyMood, una organización de clostridios preocupada por el medio ambiente, culpó al Sistema de Desechos de haber favorecido la aparición de estas plantas que viven sobre materia orgánica en descomposición. Propusieron una serie de medidas extremas. Remover completamente el sustrato, cubrir las plantas para que, sin luz solar, no produjesen oxígeno, instalar quemadores en las zonas afectadas que consumiesen el gas... El Gobierno se vio obligado a aceptarlas para contener la revuelta. Murieron muchos intentándolo y al final no se consiguió nada. Aquello era imparable y hubo que abandonar Thulú. No se salvó ninguno de los que quedaron allí.

—Hace tiempo que GreyMood está presionando aquí también con el dichoso Sistema de Desechos. Y ahora tenemos el mismo problema. ¡Van a crucificarme! —exclamó el alcalde Clostridio.

—Eso es seguro, pero no es lo peor —sentenció el secretario—. Si sigue el mismo proceso, apenas nos queda tiempo. Antes de seis meses el oxígeno cubrirá completamente esta ciénaga y la vida aquí será

imposible. El mundo se está acabando, señor Alcalde, ¿adónde vamos a llegar...! —exclamó el secretario, mientras los dos clostridios salían apesadumbrados de la sala.

### MORALEJA

Que no se puede parar  
lo que rueda eternamente  
es cosa que poca gente  
se haya parado a pensar.

La Naturaleza da  
a todo bicho viviente  
tiempo y oportunidad  
y después, ¡pase el siguiente!

En esta larga cadena  
de la vida en nuestro mundo  
somos sólo un eslabón.  
Quienes se hacen la ilusión  
de parar el minutero  
sepan que la Evolución  
no concede una excepción  
ni es asunto de dinero.

## Fábula de la liebre cazadora

---

«Voy de caza», dijo la liebre. Y no volvió.

### MORALEJA

Invitaron a la liebre  
a salir de cacería  
cuando despuntara el día.

Todos vieron con asombro  
cómo echó el morral al hombro  
y se marchó tan contenta,  
tan feliz, sin darse cuenta  
del peligro que corría.

Así que, fíjate bien:  
¿vas?, ¿dónde, cómo y con quién!



## Fábula de los apresurados

---

Un burro arrastraba su carreta por un camino de un bosque. Se disponía a atravesar un cruce cuando lo detuvieron unos gritos:

—¡Alto, alto! —exigió una gallina que caminaba rápidamente, en dirección transversal, llevando entre sus alas a un lánguido pollito—. Mi hijito está malo, lo llevo al doctor, ¡no querrás pasar primero! —protestó.

El burro se detuvo y aguardó a que pasaran la gallina y sus polluelos, que la seguían siempre a todas partes. Se disponía a reanudar la marcha cuando lo alarmaron nuevos gritos:

—¡Abran paso, es urgente! —pidió una cabra en tono airado—. Voy a por leche para mis crías; por desgracia la mía se secó y si no me apresuro a llevársela morirán de hambre.

—Señora... —inició el burro, pero en ese momento llegó al cruce el ciervo que ejercía las funciones de guardia de tránsito.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó el agente de la autoridad.

—¡Que este burro quiere pasar primero, cuando yo estoy acudiendo a una urgencia muy importante! —reclamó la cabra.

—¿Es eso cierto? ¿No conoce las reglas? —El ciervo miró al burro con cara de pocos amigos.

—Oiga, yo...

—Tendré que multarlo. Siga usted, señora cabra, no la entretengo si tiene prisa...

La cabra siguió su camino mientras el ciervo empezaba a pedirle al burro toda clase de permisos y documentos y a examinarlos sin prisa ninguna.

Extendida la multa, revisada la documentación y amonestado el burro, reanudaba éste la marcha cuando se acercó al cruce una hilera de cachorros.

—¡Quieto!, ¿no ve que van a pasar esos pequeños? ¿Es que quiere atropellar a alguno? —incredó el ciervo con muy malos modos, así que el burro volvió a detenerse y a armarse de paciencia.

—Adiós, pequeños —saludó el ciervo muy amable y sonriente—, ¿adónde vais?

—A la escuela —contestaron varios de ellos a coro, y continuaron con su gracioso andar y con sus juegos.

La fila era larga y el burro se impacientaba...

De pronto, desde lo alto del carro, un búho asomó la cabeza.

—Psss, agente, venga un momento, haga el favor.

Reticente y muy arrogante, el ciervo se acercó al pasajero que con tanta insolencia lo llamaba.

—Mire, yo soy el médico —explicó el búho—, esta oveja es la encargada de la lechería, y la lechuza que ve usted a mi lado es la maestra. La prisa de todos los que han pasado con tanta urgencia no servirá de nada si

nosotros no estamos en nuestros puestos; ¿lo entiende, señor ciervo?



El agente quedó perplejo.

—¿Por qué no dijeron que lo suyo también era urgente? —inquirió.

—Porque no lo es; simplemente vamos a nuestros trabajos, como cada día. No sé qué le ha hecho pensar que el interés de nuestro amigo el burro en llevarnos puntualmente a nuestros puestos no era importante. Todo el que va a alguna parte tiene sus motivos, cuya importancia nadie puede adivinar...

En esto vieron de regreso a la gallina.

—¡Mi polluelo! —clamaba, llorando a cresta tendida—. ¡¿Cómo no está el doctor en su consulta?! Habría que colgar al responsable —propuso con indignación.

También la cabra apareció, desesperada.

—No comprendo; ¡la hora que es y la lechería no ha abierto! ¿Qué daré de comer a mis hijitos?

En esto la lechuza sugirió:

—Señores, ¿qué les parece si seguimos nuestro camino, antes de que en la escuela también haya problemas?

El ciervo dio un largo pitido con su silbato, cortó el tráfico con un aparatoso gesto y dio paso al burro y su carro. Después se puso las gafas de sol y siguió con su duro trabajo.

### MORALEJA

Ya que por trabajar tengo un horario  
y que supongo tienes buen criterio,  
no hagas del convivir que sea un martirio  
ni de tu caso, algo tan perentorio  
que, si hayas de jurarlo, sea perjurio.

No muerdas la mano que alimenta  
ni pises el pie que te sustenta.